

—Precisamente por darle una sorpresa. ¿Ya vió el abogado al señor su papá?

—Ya.

—Y, ¿qué contestó? dijo Pimpollo, y quedóse boquiabierto y asustado, como esperando la explosión de un barreno.

—Pues, . . . contestó . . . contestó . . . y Lola, sonriendo primero y moviendo la cabeza, y luego bajando la vista, ruborizada, concluyó la frase.

—Contestó que sí.

Pimpollo dió un brinco, y sin despedirse de su adorada Lola, entró á la primera mercería que encontró al paso, que fué "El Globo," para comprar inmediatamente algunos muebles.

Y no se dió cuenta del lugar donde se encontraba, hasta que uno de los dependientes le preguntó cortesmente:

—¿Qué desea usted?

—Pues . . . todo lo necesario para una casa!

XXXI

Don Germán obtuvo en el Juzgado de Distrito una completa victoria: el juez, sin tomar en consideración el escrito presentado por el señor Minjares, demostraba con sólidas razones que el fallo del

juez de primera instancia, confirmado por el Tribunal, que condenaba a Guillermo, violaba las garantías constitucionales, y por lo tanto, de acuerdo con el parecer fiscal concedía el amparo solicitado. La sentencia de la Suprema Corte de Justicia, por unanimidad, confirmó el fallo del Juez de Distrito.

Ernesto, que se encontraba en México pasando la luna de miel, desplegó la mayor actividad persiguiendo con feroz encono á Guillermo; pero las gestiones del abogado sólo sirvieron para apresurar un fallo que, de otra manera, se hubiera dilatado aún algún tiempo.

El Lic. Cortés telegrafió á Don Ignacio el adverso resultado final de aquella acusación que tanto había impresionado á la sociedad zacatecana, y aun le manifestó los temores de que el acusado exigiera fuerte indemnización por daños y perjuicios. Ignoraba el novel abogado que en materia de reclamaciones por daños y perjuicios, el Estado de Zacatecas hállase como pudiera haberse encontrado en el siglo XVIII: han pasado dos siglos sin que en tal materia haya avanzado ni una línea.

Don Ignacio, muy alarmado por aquello de la indemnización, vió al Lic. Olivares, le entregó las gratificaciones ar-

bitrariamente detenidas á Guillermo, aumentadas con los intereses legales y con las utilidades del balance anterior, pues quería que de ellas participara, por ser inocente del delito que se le había atribuido. Guillermo no hizo objeción á nada y autorizó plenamente á Don Germán para que arreglase aquel asunto como mejor le pareciese.

La opinión pública, tan voluble como la fortuna, desatóse otra vez vibrante y vocinglera: la reacción en favor de Guillermo fué completa; pero como esa opinión, frecuentemente falaz y siempre exagerada, nunca se coloca en el justo medio, desbordóse iracunda contra el señor Minjares y el Lic. Cortés; según ella, habían sido implacables verdugos de un joven laborioso y honrado, para robarle la novia y aprovecharse de la fortuna del señor Sifuentes.

En cuanto á Guillermo, había tomado ya su irrevocable resolución: fuése á ver á Lupe para despedirse de ella, y darle lo único valioso que podía darle, su libertad por la de Alfonso. Antes de llegar á la casa, encontróse con Don Germán, á quien dijo con franqueza lo que estaba resuelto á hacer.

—Vamos á dar un paseo, le dijo el abo-

gado, tengo que hablar con usted. Después hará usted la visita á Lupe.

Guillermo, aunque se sentía ligeramente indispuerto, complació al abogado, á quien debía protección y cariño.

—¿Qué va usted á hacer? le dijo, mientras paseaban. Clava usted un puñal envenenado en el pecho de Lupe. La amistad de usted es ahora para ella el único consuelo.

—Don Germán, repuso Guillermo, quiero á Lupe desde la infancia, y ese cariño no se ha extinguido jamás. Fué obscurecido cuando brilló ante mis ojos una ilusión que me fascinó y que en breve se hundió en el sepulcro de los recuerdos; en la lápida de ese sepulcro hay escrito un nombre: "María Teresa." Mi corazón, desviado un momento por inexplicable fascinación, volvió á su centro, sintió como nunca el fuego calcinante de aquella mirada; contempló á la graciosa y tímida niña de ayer, compañera de mis infantiles juegos, trocada en joven de irreprochable hermosura, de singular talento y de dominante virtud; y despertó como de un letargo, y despertó ardiente, palpitante, amando con el entusiasmo de la juventud, con la poesía del idealismo, y con la intensidad del amor del huérfano, á quien en temprana

edad faltaron los maternales besos y el profundo afecto de un padre ejemplar. Avido de amor, abracé á Lupe con el alma, y la amo, Don Germán, y aunque el respeto y el deber han sellado y sellarán mis labios, mi espíritu se va tras ella sin que yo le pueda contener.

Don Germán bajó la cabeza, conmovido. ¿Qué podía decir á Guillermo? Lupe no era aún, ante Dios, esposa de Alfonso; pero el compromiso pactado y con indisoluble vínculo atado por la ley, no podía romperse; más aún: ante la ley Alfonso y Lupe eran marido y mujer.

Guillermo vió meditabundo á Don Germán, comprendió los pensamientos que revolvía en su mente, y escuchóle con atención, cuando en tono grave y solemne le dijo:

—No seré yo, amigo mío, quien impida la realización de un heroico sacrificio. En verdad no debe usted turbar más con su amor el corazón de esa desventurada joven. ¡Quién sabe lo que Dios disponga! Mas es conveniente que usted se aleje de la ocasión. Soldados como usted, necesita la patria. Valor, pues, y adelante!

Habían subido en su paseo hasta la estación del Ferrocarril Central, á la hora en que el tren acababa de llegar, y

bajaban los pasajeros, entre éstos descendieron del "Pullman" Ernesto y María Teresa. Esta fijó sus hermosos ojos en Guillermo; era la primera vez que le veía, después de tantos terribles acontecimientos; y casi se desvaneció de emoción al encontrarse su mirada con la de su antiguo novio. El Lic. Cortés notó la turbación de su esposa, y la causa de ella; se puso lívido de rabia, y este inesperado suceso dió origen al primer terrible disgusto conyugal.

María Teresa llegó á la querida casa de sus padres, con los ojos hinchados y aún húmedos por el llanto, y al arrojar-se en los brazos de su dulce madre y sentir los latidos de aquel corazón tan amante y tierno, sollozó con incomparable amargura, y en lo íntimo de su alma maldijo el instante de precipitación ó de culpable condescendencia en que había ofendido á Guillermo, y el no menos fatal en que se había unido para siempre con Ernesto. ¡Ah!, le gritaba su corazón, percibo aún desde lejos el aroma del alma de Guillermo y la de Ernesto no tiene sino amarguísima hiel.

XXXII

Muy cara pagó la altiva y encantadora rubia su precipitación y ligereza: á medida que pasaba el tiempo comprendía mejor que no amaba á Ernesto, que no le había amado nunca; éste, por su parte, logrado su anhelo, y conseguida la encumbrada posición social que con tanto ahínco había persiguido, consagróse al culto de sí mismo. Era refinadamente egoísta, y sin cesar molestaba á su esposa, echándole en cara sus antiguos amores con Guillermo. Estos inoportunos recuerdos, traían á la mente de la desengañada joven todo un poema de amor y de ternura, y eran constante incentivo para su fogosa alma.

No disimulaba Ernesto el ansia de riqueza que le consumía, ni la mezquindad de su corazón, donde nunca quizá se había albergado la nobleza, y María Teresa al compararlo con el corazón de Guillermo, lamentaba con inmenso dolor el tesoro perdido.

—He cosechado lo que sembré, se decía, llegó el tiempo de la siega y sólo hay espinas en mi alma: sembraré de nuevo para poder algún día ofrecer flores y frutos al Divino Segador; pero

¡ay!, ahora tengo que regar la tierra con lágrimas.

Resolvióse á sufrir perpetuamente el incomparable sufrimiento de un amor imposible, y la compañía de un esposo incapaz de conquistar su cariño, y al precio de aquel dolor, consiguió quebrantar mucho la cerviz de la soberbia.

La luminosa luz de la gracia, enseñóle entonces lo que no hubiera aprendido en medio de la felicidad: que el sufrimiento es necesario para corregir nuestros defectos, y sobrellevó con paciencia una desgracia que fué para ella gran misericordia.

Los desengaños y continuas contrariedades marchitaron pronto aquella espléndida rosa del jardín de los mundanos salones; pero en el fiel cumplimiento de sus deberes probó, que si desde la infancia hubiera recibido una buena dirección, habríánsele ahorrado torrentes de lágrimas y abismos de dolores. En cuanto á Ernesto, no sembró amor y no lo cosechó. Concedióle Dios en su justicia lo que á otros niega en su misericordia, y su hogar siempre triste y frío fué su mayor castigo.

A aumentar la aflixión de Da. Carmen y de María Teresa, vino una carta

de Alfonso, que su madre leyó con indecible pena.

“Mamá, le decía su hijo, mi inolvidable y muy querida mamá:

Desde mi triste partida del paterno hogar, donde pude ser tan feliz, y donde lo fui en efecto, mientras seguí el camino del deber, he sufrido mucho, mucho. ¡Qué duros son los trabajos del soldado! Aunque mi voluntad es buena, mi cuerpo no estaba acostumbrado á tantas fatigas, y se ha resentido de ellas. Estoy en el hospital militar. El médico dice que este clima mortífero me ha probado muy mal; que ha pedido ya al Ministro de la Guerra, licencia para que se me traslade á México, y que allí puedo fácilmente arreglar mi vuelta á Zacatecas, si es que no aumenta la calentura que quizá es el principio de la maligna fiebre que tantas víctimas ha hecho entre la tropa.

A mí me parece que ya no te vuelvo á ver, adorada madre mía; que ya no oíré nunca tu dulce voz que tan grata resonaba en mi oído y que parecía derramar miel en mi corazón. Y á mi Lupe, á mi nunca olvidada Lupe, ¡ay!, tampoco. Desde que salí de Zacatecas veo su imagen por todas partes, triste, pero siempre sonriente; creo que es el ángel de mi guarda que sigue mis pasos, y hasta me

parece que me dice: Alfonso, amigo mío, no puedo ser tu esposa; pero he pedido á Dios que te perdone, que te haga bueno y te lleve al cielo. ¿Qué más puedo pedir para tí que el cielo? No me he atrevido á escribirle. En medio de mis cotidianos sufrimientos he conocido mejor que nunca mis pasados extravíos, y me dá vergüenza que Lupe los sepa, ni menos por mí mismo. Dile tú cuando la veas, mamá querida, que ruegue á Dios por mí; que yo la quiero mucho, mucho, y que si en castigo de mis faltas no la he de ver ya en el mundo, me llevo al cielo el perfume de su amor, y que allá la espero.

A todo estoy resignado, pues veo que recojó lo que sembré. No culpo á nadie sino á mí, únicamente á mí.

Dile á María Teresa que también ella viene á alegrar dulcemente mi soledad, porque estoy solo, enteramente solo, en medio de tantos soldados, que no la olvido nunca; que me acuerdo de las riñas que teníamos para querernos más cuando nos contentábamos.

A papá dale á mi nombre un abrazo; suplícale que ya no me vea airado nunca jamás; que me perdone la mancha que arrojé en su immaculado nombre, y que me mande su bendición. Tú también

mándame la tuya, pues quizá sea la última que en esta vida recibiré.

Adiós, mamá de mi alma, recibe muchos besos y abrazos de tu hijo

ALFONSO."

Después de esta carta que partió el corazón de Doña Carmen y de María Teresa, había una posdata escrita con letra casi ininteligible, algunos días después. Decía:

"Mamá, hasta hoy puedo mandarte ésta, sigo muy malo, ya casi no veo. Adiós, hasta el cielo."

Algunos días después, D. Antonio recibió un lacónico telegrama de su correspondiente en México en que se le anunciaba la cristiana muerte de Alfonso.

Fué muy grande la aflicción de toda la familia, especialmente de Doña Carmen. Don Antonio también lloró mucho á su hijo único, y aun llegó á arrepentirse de la severidad contra él empleada. Comprendió entonces con remordimiento las palabras de su esposa que se acusaba á ella y le acusaba á él de las faltas de Alfonso.

—Recibo el justo castigo, se dijo, y el

recuerdo de Alfonso, amargó todos los días de su vida.

Lupe guardó ríguroso luto por la muerte de Alfonso, y si antes había lamentado sus extravíos, consolóle ahora saber que había muerto verdaderamente arrepentido de ellos. Le lloró como á un amigo, con lágrimas de gratitud; pero no como á un esposo, porque el corazón de Lupe había sido siempre de Guillermo.

Un nuevo pesar atribuló entonces á la hermosa joven. La enfermedad de Guillermo. Pertinaces calenturas minaban lentamente su salud, y encerrado en su casa no tenía ni el consuelo de ver á su amada, si bien ésta diariamente mandaba á Paula, para informarse del estado del enfermo. Pimpollo y el Lic. Olivares eran quienes con más frecuencia le visitaban y consolábanle en su soledad. Por Don Germán supo la temprana muerte de Alfonso, y la sintió de verdad, aunque por otra parte le alegrase que se rompiera el lazo que le ataba á Lupe. ¿Me amaré?, pensaba el joven. Su único anhelo fué desde entonces recobrar la salud perdida.

—Pobre Alfonso, le decía á Don Germán; tuvo todos los elementos para ser feliz, y sin embargo, fué muy desventurado.

—Nosotros, repuso el abogado, que no conocemos las ocultas vías de la Providencia, murmuramos de ella; no obstante, algunas veces se digna de darnos luz para que veamos claramente justificadas sus obras. Esto ha pasado con la muerte de Alfonso: lo ha cubierto el manto de la divina misericordia. Las mismas faltas que cometió hablaron á su alma con la tremenda voz del remordimiento, y aquel corazón, bueno en el fondo, rindióse al eco de esa voz.

Del pecado que, en cierto modo es un mal infinito, frecuentemente saca Dios, inmensa gloria por medio del arrepentimiento del culpable. Con el remordimiento, si se sabe aprovechar, empieza la expiación de la culpa.

Poco á poco fué cediendo la enfermedad de Guillermo hasta que se sintió enteramente restablecido; por prescripción del médico fué á pasar una temporada á la ciudad de Jerez, y el cambio probó tan bien á su quebrantada salud, que en poco tiempo se sintió lleno de vida y de fortaleza.

XXXIII.

Trinan alegres los canarios en la casa de Lupe; como si anunciaran una feliz nueva; el limpio cielo ilumina con la luz de una mañana hermosa el patio, donde se ierguen, aquí y allá, rosales en plena florescencia; las macetas recién regadas llenan de suave olor la casa; la casta belleza de la espiritual morena, cubierta con elegante traje de casa, dirige los resplandecientes ojos hacia los canarios que saltan alborozados en los barrotes de las jaulas, abren las alas y trinan al oír los mimos de su amante señora.

La puerta del zaguán está abierta: entra Guillermo, y como sobrecogido por un éxtasis, quédase contemplando á Lupe, que habla con sus canarios, que parecen contestarle en su misterioso lenguaje.

Guillermo, después de contemplar largo rato emocionado á la encantadora morena, acércase á ella andando de puntillas. Lupe no le sintió hasta que estaba muy cerca; volvió el rostro y lanzó una exclamación. Después quedóse contemplándole con infinita dulzura, y aquellas dos almas se abrazaron en una mirada cari-

ñosa, profunda, inefable, y un misterioso fluido inundó todo su sér.

—¡Lupe!, exclamó Guillermo estrechando la mano de su amada.

—¡Guillermo!, contestó Lupe, llevando aquella mano al corazón.

—¡Te amo!

—¡Te amo!

Y los canarios aleteando y cantando hacían coro al celestial dúo de dos almas que se unían para siempre.

FIN

EL HOMBRE NUEVO